

es precisamente la naturaleza de las bases sociales del movimiento felicista cuando éste dejó de apoyarse en el ejército federal, o sea después de 1914. Henderson nos señala bien quiénes fueron los jefes rebeldes que auxiliaron a Félix Díaz o se subordinaron a él en su lucha contra los carrancistas, pero casi nada nos dice sobre la naturaleza de las tropas a quienes guiaban estos jefes. Es de suponer que las filas felicistas —nunca muy numerosas— estaban formadas basicamente por quienes buscaban la paga y no por seguidores de sus principios políticos o por el magnetismo personal del jefe. De todas formas, hubiera sido interesante que el autor ahondara en la naturaleza de este grupo de hombres que por un buen tiempo se jugó la vida en defensa de Félix Díaz. Los motivos del personaje y sus lugartenientes son siempre claros, pero no es ese el caso de los subalternos, los cuales siguen siendo un misterio para el lector después de concluir el libro.

Como la gran mayoría de las obras que sobre México y América Latina se editan en el mundo anglosajón, este libro no deja de tener algunos problemas cuando cita nombres en español. Tiene, además, otros errores, como por ejemplo confundir a los cadetes de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan con los del Colegio Militar al abordar el tema del cuartelazo de Félix Díaz y Bernardo Reyes en 1913. Algunas tesis secundarias son dudosas, como por ejemplo, la de insinuar que el movimiento de Madero tuvo, en sus inicios, el apoyo implícito de Estados Unidos por el sólo hecho de que los maderistas prepararon su movimiento al norte del río Bravo. Finalmente, el término “revolucionario” es usado de manera tan amplia que en ocasiones el autor lo emplea para definir a Félix Díaz y sus seguidores, contrarrevolucionarios por excelencia. Sin embargo éstos son puntos menores que no alteran la contribución positiva de Henderson al conocimiento de la historia de la revolución mexicana.

Lorenzo MEYER
El Colegio de México

Charles R. BERRY: *The reform in Oaxaca (1856-1857): A microhistory of the liberal revolution*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1981. 282 pp.

A pesar de su aspiración anunciada de ser una historia social de nuevo cuño (“grassroots history”), la obra de Berry es funda-

mentalmente una historia institucional, militar y política de Oaxaca en el período de la reforma, cuyo último capítulo incursiona en el campo de lo económico. Como tal, la obra tiene un corte convencional; está centrada en "los grandes cambios" y aloca a los "grandes personajes" de la época. Eso desde luego no tiene nada de malo. Y es más justo enjuiciar un libro —como un hombre— por lo que efectivamente es y no por lo que en algún momento pretendió ser. En efecto el libro tiene sus virtudes. Viene, aunque tardíamente, a llenar un vacío historiográfico y tiene una agradable calidad literaria que teje —en el marco del tema central— las anécdotas de los pleitos de Juárez con el obispo sobre un *te deum* y los sobresaltos de los ejércitos contendientes.

Desde la publicación de *La desamortización de los bienes de la iglesia en México* de Jan Bazant no se publicaba un estudio tan serio de la reforma. Bazant había dejado a un lado a Oaxaca en vista de que Berry trabajaba por entonces en la investigación, de modo que no sabíamos nada de la reforma en uno de los estados más marcadamente liberales. El libro de Berry, además de tener la ventaja de hacer referencia a aquella obra pionera, intenta ver más allá de la desamortización eclesiástica y abarcar la afectación de los bienes de comunidad y cofradías.

Berry parte acertadamente de la peculiaridad de Oaxaca. Hace hincapié en la tesis tan fructífera de *Many Mexicos*, insistiendo en que no se puede medir con un mismo rasero el impacto de un desarrollo histórico en regiones tan dispares como las que conformaban al México de mediados del siglo pasado. La reforma es, según Berry, un programa coherente, inspirado por la ideología de los liberales y por su voluntad de modernizar al país para el progreso. Pero al ser reglamentado e instrumentado, ese proyecto legal debió pasar por "el prisma de la circunstancia local" antes de ser refractado en una gama de resultados "de diversos colores y tonos". En muchos Méxicos hubo pues muchas reformas, y en la propia Oaxaca deben distinguirse la rural de la urbana, la de los bordados de la de los puristas, y la de los blancos de la de los indios.

El libro comienza con una introducción al contexto histórico de la reforma oaxaqueña y procede a narrar las vicisitudes del proyecto, la elaboración de la ley, y su aplicación bajo las sucesivas administraciones liberales, con todos sus incidentes, problemas y negociaciones. Apunta la interpretación moderada de la ley (1858-1863); la intervención restauradora, a medias, de los bienes eclesiásticos, y la época de la república restaurada hasta 1876.

Ejércitos van y vienen; toman la capital del estado y huyen de ella. Se incluye al final un capítulo sobre las afectaciones y ventas de las propiedades, donde Berry polemiza un poco —por cierto en forma oblicua— con las tesis de Bazant sobre la especulación. A guisa de conclusión, se resumen los sucesos y se repiten las tesis de que hubo muchas reformas y de que se beneficiaron sobre todo las capas medias de la capital del estado. Finalmente, se publica una serie de apéndices, algunos de los cuales parecen innecesarios ("*A list of populated places in the Central District*") y partes más bien del andamiaje elemental del proyecto.

Creo forzoso hacer una crítica general. En tanto historia del estado, el libro tiene serios defectos de información, y uno lamenta que el autor no se hubiera percatado a tiempo de su vocación de microhistoriador porque hubiera resistido con mayor éxito las presiones para ampliar el estudio a la totalidad de un estado difícil de documentar en su conjunto. El estudio del Distrito Central hubiera tenido sus propios inconvenientes, pero podría haberse centrado en un microcosmos que permitiera más profundidad. Así, Berry concluye falsamente que el programa prácticamente no se aplicó fuera de la ciudad. Mi propia investigación sobre la Mixteca demuestra que el programa se aplicó también en las regiones más aisladas, afectando a las tierras de muchos pueblos indígenas y beneficiando tanto a los terratenientes arrendatarios como a los campesinos ricos. Creo que además se exagera con la tesis de muchas Oaxacas: había al máximo dos, que estaban íntimamente vineu-ladas.

Pero sobre todo hay una ingenuidad en el tratamiento interpretativo, un estilo *naïf* americano, que no parece válido en un ensayo científico. Pese al rico nivel de detalle sobre las personas que se adhirieron en diferentes grados al programa liberal o lo repudiaron, no hay un análisis social de los intereses de grupo que estaban atrás del proyecto. Así se concluye al fin que se beneficiaron de la reforma las capas medias de la población y no los sectores populares, como si ese no fuera el sentido de todo el proyecto. El autor parece creer de buena fe la retórica liberal, y a lo largo del trabajo asume su defensa. Concibe a los políticos liberales como pensadores o intelectuales idealistas que habían hecho un análisis brillante de la situación (el conservadurismo y el privilegio son los lastres del país); habían forjado una estrategia adecuada (debilitar las bases institucionales del conservadurismo —léase catolicismo— y ampliar la clase propietaria) y se habían propuesto

metas buenas y hasta sublimes de perfeccionar el espíritu humano. Luego el autor se lamenta de que los liberales no hubiesen sido buenos "pragmáticos", de que "la circunstancia" (que es como llama a la realidad objetiva y a la correlación de las fuerzas sociales) les hubiera impedido lograr su propósito; de que no hubieran podido "quebrar completamente con el pasado" (como si esa posibilidad revolucionaria se hubiera en efecto contemplado) y de que no hubieran conservado su altruismo y usaran el poder en beneficio personal. En rigor, ninguna de estas lamentaciones parece procedente. Y en cambio uno se queda con la impresión de que los políticos de la reforma lograron muchas de sus metas inmediatas de fincar y establecer un gobierno fuerte.

Rodolfo PASTOR
El Colegio de México